

Dos Conciertos en El Teatro Municipal

En la sala grande oímos la primera repetición del decimoquinto programa filarmónico, encabezado por la sinfonía "Oxford", de Haydn. Bajo la sensitiva dirección del maestro titular Juan Pablo Izquierdo, la orquesta hizo resplandecer la partitura, infinitamente hermosa desde el florecimiento dulce y expresivo de las voces iniciales del grupo de las cuerdas.

El radiante Allegro spiritoso; la plenitud armoniosa del Adagio y la gracia del Presto no dejaron que desear respecto de limpidez y brillo. En la reciedumbre del Minué la compaginación melódica de arcos y maderas tuvo algún instante dudoso. Entre los solistas destacaron por su delicada labor Sergio Allende (flauta) y Rodrigo Herrera (oboe), este último —recién regresado de su beca de perfeccionamiento— sin figurar en la nómina del programa impreso.

¿Cómo describir la memorable interpretación del Primer Concierto para piano, de Alberto Ginastera? Aunque en deuda con Bartok, la obra —de 1961— fascina por la soltura del lenguaje, el colorido orquestal, los matices de su emoción. Encontró intérpretes magníficos en Juan Pablo Izquierdo, la Filarmonía y el solista Oscar Gacitúa.

Este supo conquistar al auditorio con el esplendor de una técnica siempre sometida a los requerimientos artificiosos: técnica arrebatadora, que prestó lustre diferenciado a todas las inflexiones del discurso: la agitación de saltos y octavos, las vislumbres misteriosas del principio; los timbres alucinantes, el embrujo fantástico del Scherzo y la lenta transición a la Toc-

cata final, aquellarre donde Gacitúa pudo corroborar su virtuosismo fabuloso. No menos formidable fue el trabajo del director, quien obró milagros sonoros con el conjunto, de cuya excelencia sobresalieron las intervenciones de Wesley Dyrin (viola) y el concertino Stefan Terc. Finalizó el programa con la suite del ballet "El mandarín maravilloso", de Bartok.

Paralelamente, Luigi Gamberini (violín) y René Reyes (piano) habían empezado su recital en la Sala Claudio Arrau, que contó con el auspicio del Instituto Chileno-Italiano de Cultura. Dieron comienzo a la selección la Sonata en Re mayor, de Haendel, y la "Primavera", de Beethoven. Llegamos a tiempo para escuchar la op. 100 de Brahms, vertida con fino rubato y una sonoridad de gran delicadeza, afin al espíritu de la obra. Ambos intérpretes se lucieron como músicos de cámara, no obstante el volumen algo reducido del violín.

Débiles resultaron, en especial, los armónicos y el pizzicato. Dicha circunstancia disminuyó la bravura de las Variaciones para la cuarta cuerda, de Paganini, sobre un tema de la ópera rossiniana "Moisés en Egipto" y el efecto de las Danzas Populares Rumanas, de Bartok, cuya versión tuvo, por lo demás, bastante sutileza. Añadido al programa, el arreglo —por Fritz Kreisler— de la primera danza de "La vida breve", de Manuel de Falla, fue un logro convincente, que mostró el calibre musical del violinista florentino y la manifiesta habilidad de René Reyes.

Federico Heinlein